

¿Quién eres, Hijo del Hombre?

Retiro Viernes Santo 2024
Parroquia de la Santa Cruz. Ñuñoa

Pbro. Juan Francisco Pinilla

Reflexión

“A la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en Él tenga la vida eterna” (Jn 3, 14-15).

Muy buenos días. Damos gracias al Señor por esta reunión en la cual nos permite reflexionar y profundizar nuestra fe, lo que conlleva siempre una invitación a re-formar la vida, una nueva oportunidad de renovar nuestra fidelidad a la gracia bautismal.

Para esta mañana quisiera proponerles, para la meditación, un aspecto central de la pasión del Señor. Vamos a detenernos para profundizar en aquella misteriosa identidad que se revela precisamente en el núcleo del juicio. Y al entrar en esta identidad de Jesús, podemos descubrir lo que significa hoy para cada uno de nosotros, para la Iglesia y para el mundo. Podemos confesar el sentido salvador que tiene aquella revelación para nuestra vida.

En el relato de la Pasión del Señor hay un momento decisivo, la exasperación por parte del sumo sacerdote, en el juicio contra Jesús, «juicio» que, aun siendo una parodia, no avanza, los testimonios se contradicen. Es ahí cuando el mismo sumo sacerdote toma la iniciativa e interroga personalmente a Jesús, para que rompa su silencio (cf. Jn 18,12-14). La pregunta es directa: «¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?». La respuesta es para un sí o un no. El Señor responde abiertamente, hasta este momento había obligado a todos a guardar silencio sobre su identidad, rompe el así llamado *secreto mesiánico*: Y dijo Jesús: «Sí, yo soy, y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir entre las nubes del cielo.» Mc 14,62.

Pero a este sí afirmativo vemos que Jesús añade la profecía de Daniel: «Yo seguía contemplando en las visiones de la noche: Y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia» (Dn 7,13) y el Salmo 110 (109), que contempla al Señor sentado a la derecha de Dios:

1. De David. Salmo. Oráculo de Yahveh a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que yo haga de tus enemigos el estrado de tus pies.
2. El cetro de tu poder lo extenderá Yahveh desde Sión: ¡domina en medio de tus enemigos!
3. Para ti el principado el día de tu nacimiento, en esplendor sagrado desde el seno, desde la aurora de tu juventud.
4. Lo ha jurado Yahveh y no ha de retractarse: «Tú eres por siempre sacerdote, según el orden de Melquisedec.»
5. A tu diestra, Señor, él quebranta a los reyes el día de su cólera;
6. sentencia a las naciones, amontona cadáveres, cabezas quebranta sobre la ancha tierra.

Consecuencia: se percibe en estas palabras una blasfemia, que lleva al sumo sacerdote a rasgar sus vestidura en señal de haber escuchado una grave ofensa contra Dios, señal de duelo y dolor extremo, sin saber que este gesto suyo sería también profético¹ (También se rasga el velo del Templo Mc 15,38//Mc 1,10)). Se sentencia así su muerte. Habrá que recurrir ahora a Pilato para que ejecute la sentencia y antes del sábado que se aproxima.

Jesús de Nazaret, sin escuela rabínica importante, galileo, provinciano, sin familia sacerdotal, declara ante el sumo sacerdote ser el Mesías de Dios. Era algo inconcebible, un despropósito, un insulto, una blasfemia contra Dios mismo. Pero el Señor en su respuesta ofrece un clave para comprender su declaración, vayan al libro de Daniel (164-167 ac.), oigan su profecía.

En los Evangelios, la expresión «Hijo del hombre» aparece más de setenta veces en boca del mismo Jesús. Podemos, por lo tanto, pensar que los evangelistas conservaron una expresión típica, como el *Abbá*. Veamos algunos textos:

“Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza” (Mt 8, 20);

“Vino el Hijo del hombre, comiendo y bebiendo, y dicen: es un comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores” (Mt 11, 19);

“Y dueño del sábado es el Hijo del hombre” (Mc 2, 28);

“Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados -se dirige al paralítico-, yo te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa” (Mc 2, 10-11);

“Porque como fue Jonás señal para los ninivitas, así también lo será el Hijo del hombre para esta generación” (Lc 11, 30);

“Llegará tiempo en que desearéis ver un solo día al Hijo del hombre, y no lo veréis” (Lc 17, 22);

“Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19, 10).

“Pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos” (Mc 10, 45; cf. además Mt 20, 29).

El “Hijo del hombre” ... “cuando venga en la gloria del Padre, se avergonzará de quien se avergüence de Él y de sus palabras ante los hombres” (cf. Mc 8, 38).

¹ Rubén “rasgó sus prendas de vestir” al enterarse de que habían vendido como esclavo a su hermano José y que no podría liberarlo, como tenía pensado. Su padre, Jacob, “rasgó sus mantos” porque creyó que a José lo había devorado un animal salvaje (Gén. 37:18-35). Job rasgó su vestidura cuando le dijeron que todos sus hijos habían muerto (Job 1:18-20). Un mensajero “con sus prendas de vestir rasgadas” le comunicó al sumo sacerdote Elí que los israelitas habían perdido la batalla, que sus dos hijos habían muerto y que el enemigo se había llevado el arca del pacto (1 Sam. 4:12-17). Y Josías “rasgó sus prendas de vestir” cuando escuchó la lectura de la Ley y se dio cuenta de los errores que había cometido el pueblo (2 Rey. 22:8-13).

En san Marcos, hay tres anuncios de la Pasión donde se alude al destino del Hijo del Hombre: (Mc 8, 31; Mc 9, 31; 10, 33-34).

Tenemos antecedentes sobre esta expresión en Ezequiel: “(Dios) me dijo: Hijo de hombre, yo te mando a los hijos de Israel... que se han rebelado contra mí... Diles: Así dice el Señor, Yahvé” (Ez 2, 3-4) “Hijo de hombre, habitas medio de gente rebelde, que tiene ojos para ver, y no ven; oídos para oír, y no oyen...” (Ez 12, 2) “Tú, hijo de hombre... dirigirás tus miradas contra el muro de Jerusalén... profetizando contra ella” (Ez 4, 1-7). “Hijo de hombre, propón un enigma y compón una parábola sobre la casa de Israel” (Ez 17, 2). Y también encontramos la expresión en Jn 6,53; en Hech 7, 56 y en el Ap 1, 13; 14, 14.

¿Quién es este Hijo de Hombre que surge de entre las nubes del cielo?

¿Por qué Jesús remite a una profecía con tintes *apocalípticos*?

En esto coinciden los sinópticos, siendo Lucas el más detallado.

Mt 26	Mc 14	Lc 22
<p>62.Entonces, se levantó el Sumo Sacerdote y le dijo: «¿No respondes nada? ¿Qué es lo que éstos atestiguan contra ti?»</p> <p>63.Pero Jesús seguía callado. El Sumo Sacerdote le dijo: «Yo te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.»</p> <p>64.Dícele Jesús: «Sí, tú lo has dicho. Y yo os declaro que a partir de ahora veréis al hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo.»</p> <p>65.Entonces el Sumo Sacerdote rasgó sus vestidos y dijo: «¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia.</p> <p>66. ¿Qué os parece?» Respondieron ellos diciendo: «Es reo de muerte.»</p>	<p>60. Entonces, se levantó el Sumo Sacerdote y poniéndose en medio, preguntó a Jesús: «¿No respondes nada? ¿Qué es lo que éstos atestiguan contra ti?»</p> <p>61.Pero él seguía callado y no respondía nada. El Sumo Sacerdote le preguntó de nuevo: «¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?»</p> <p>62.Y dijo Jesús: «Sí, yo soy, y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir entre las nubes del cielo.»</p> <p>63.El Sumo Sacerdote se rasga las túnicas y dice: «¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?</p> <p>64.Habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece?» Todos juzgaron que era reo de muerte.</p>	<p>66.En cuanto se hizo de día, se reunió el Consejo de Ancianos del pueblo, sumos sacerdotes y escribas, le hicieron venir a su Sanedrín 67.y le dijeron: «Si tú eres el Cristo, dínoslo.» El respondió: «Si os lo digo, no me creeréis.</p> <p>68.Si os pregunto, no me responderéis.</p> <p>69.De ahora en adelante, el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios.»</p> <p>70.Dijeron todos: «Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?» Él les dijo: «Vosotros lo decís: Yo soy.»</p> <p>71.Dijeron ellos: «¿Qué necesidad tenemos ya de testigos, pues nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca?»</p>

Si vamos al capítulo 7 de Daniel, veremos que el sueño (visión nocturna) comienza con el surgimiento y la decadencia de cuatro bestias que se sustituyen unas a otras. Al final del imperio de las bestias surge en contraste alguien parecido a un ser humano, quien recibe el poder, el honor y el reino... que no pasará. La misma profecía dirigida a la Virgen Madre por el ángel.

Al observar bien los textos podemos ver que los sinópticos insisten en el hecho que el hijo del hombre *está sentado a la diestra* del Poder. Ocupa un lugar de honor para ejercer dominio y autoridad. En Daniel, el que está sentado es el Anciano, el hijo del hombre viene sobre las nubes. Aquí también se trata de un juicio. Es el Hijo del Hombre quien realiza el juicio. Al responder de esta manera ante el juicio de sanedrín en este mundo, Jesús indica que el verdadero juicio que está ocurriendo es el juicio que realiza en silencio aquel que está siendo condenado, es Él quien juzga, no por querer juzgar, sino que la misma iniquidad es juzgada y se condena a sí misma delante del inocente. Este es el verdadero juicio por sobre el reinado de las bestias violentas que asolaron el planeta. Un juicio que «derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes», que llama «hijos de Dios a los que trabajan por la Paz». El Hijo del Hombre inaugura con su juicio una era nueva, la era de la humanidad que vence la bestialidad. Lo que se llama escatología, lo definitivo de la historia. Contemplamos así una paradoja extrema, la hora de la gloria del Hijo del Hombre coincide con este juicio violento, humillante y abusivo hecho en este mundo. Pero la mirada del Señor trasciende este juicio inicuo, realizado solo para matarlo de una vez, Jesús remite a la Palabra de Dios, al profeta Daniel.

Daniel contempla en sueños la caída de los grandes imperios que han sometido a Israel hasta el reino de Hijo del Hombre. Lo que se relaciona con el sueño de la estatua de Nabucodonosor, que anteriormente Daniel ha interpretado, ganándose el favor del rey. En el sueño de Daniel se trata de una victoria final que alienta con su esperanza los tiempos violentos (Persecución de Antíoco Epífanés). Análogamente la Iglesia ha visto surgir y caer a cuántos imperios y ha permanecido en la confesión de su fe en medio de sus propias flaquezas. Y es siempre la esperanza en la victoria final la que sostiene la experiencia de la fe. Ambos sueños son una crítica al poder endiosado y deshumanizante. Una crítica a los intocables y corruptos de siempre.

Pilato, frente a Jesús, hecho un guiñapo humano, de manera sintética ha dicho «he aquí el hombre», *ecce homo*. Se refería, en primer lugar, al inculpado allí presente y desfigurado, como diciendo ahí tienen lo que ustedes querían, mostrando cierta distancia de aquel horror; pero también, sus palabras abarcan a todo ser humano bajo la injusticia, de la cual el mismo Pilato se ha hecho cómplice por temor que lo acusaran al César. A Jesús lo han disfrazado de rey, con un manto púrpura y una corona de espinas, pero el disfraz revelaba la verdad. Así se muestra la doble dimensión del Hijo del Hombre, un ser humano entre todos,

con el rostro sufriente y concreto de las miserias humanas de la historia, las del pasado y también las del presente. Y este llevar sobre sí la humanidad doliente lo hace a modo de representación de la humanidad ante Dios Padre (figura corporativa). Y, a la vez, es el mediador que, compadeciéndose de sus hermanos, atrae la misericordia del Padre sobre el mundo. Jesús es el bienaventurado (Mt 5,1-12): pobre de verdad, en espíritu, manso, sufriente, con hambre y sed de justicia, misericordioso, limpio de corazón, obrero de la paz, perseguido por vivir en justicia, a quien perece el Reino de los cielos.

De esta manera, el Hijo del Hombre es el hombre para Dios, ofrecido en sacrificio por muchos, en profunda solidaridad humana, y es el hombre dado a los seres humanos de parte de Dios, en solidaridad divina, un rey que reina desde el madero, cuya muerte abrirá la puerta del cielo. Se cumple otro sueño, el de Jacob y aquella escala por donde suben y bajan los mensajeros de Dios, comunicando el cielo con la tierra.

Les dejo tres preguntas para reflexionar en silencio:

¿Qué me dice hoy este juicio ante el panorama actual de nuestra realidad?

¿De qué manera actúa la esperanza en nuestra situación?

¿Cómo percibo hoy esta doble solidaridad de Jesús?